



LA LIBERACION DE LA MUJER EN MARTHA'S VINEYARD

MARTHA'S Vineyard, Massachusetts.—Aquel miércoles, cada cual celebró a su modo el Día de la Liberación de la Mujer. Y hasta en un hermosa isla como ésta, las mujeres protestaron, también a su modo.

Yo no me di cuenta de que era el Día de la Liberación de la Mujer hasta que llegué a la cancha de tenis y oí decir a mi mujer, al comenzar un juego de dobles:

—Hoy no voy a servir.

—¿Cómo que no vas a servir?

—Estoy hasta las narices de servir siempre —contestó ella.

—Pero es que entonces no podemos jugar.

—¡Ah! —replicó—, esta es la primera vez que reconocen que el hecho de que yo sirva significa algo.

—Siempre he admirado tu servicio. Lo haces muy bien —dije.

—Bueno, pero hoy no lo haré. Puedes servir tú por los dos.

Miré hacia el otro lado de la cancha y vi que los Styron estaban enzarzados en una viva discusión.

—¿Estáis listos? —les pregunté.

—Rosa dice que no va a servir hoy —gritó Styron.

Y entonces recordé que era el Día de la Liberación. Miré las otras canchas. Ninguna mujer servía.

—Rosa dice que yo tengo que hacerlo por ella —continuó Styron—. Afirma que todas las mujeres de la isla han acordado eso. Están cansadas de ser oprimidas en las canchas de tenis.

—Bueno —dije—. Serviremos por ellas, si es que tanto importa.

—Nosotras también deseamos que en la isla haya centros para atender a los niños —dijo mi mujer—. Estamos cansadas de atenderles todo el día.

—Pero, ¿no podemos hablar de todo eso después del juego? —pregunté.

Y Styron interrumpió, gritando:

—Rosa dice que no jugará mientras las mujeres no puedan abortar siempre que quieran.

—Está bien —contesté—. ¿Estáis listos para jugar?

—No, no jugaré hasta que las mujeres tengan igualdad de oportunidades en el trabajo —dijo mi mujer.

—Ahí la tienes —comentó Styron.

El juego comenzó mal. Yo servía a Rosa, que lanzó la pelota fuera de la cancha.

—¡Chauvinista! —gritó ella.

Styron pasó una pelota junto a la oreja de mi mujer, quien exclamó:

—¡Sexista!

A pesar de las quejas, las mujeres jugaron muy bien. Descubrimos después que el capítulo local del Movimiento para la Liberación de la Mujer había aconsejado a todas las jugadoras que se imaginaran que la pelota era la cabeza de sus maridos, lo cual pareció darles más confianza en sí mismas.

Styron y yo tuvimos que servir todos los juegos y cuando nos retiramos, las mujeres estaban frescas como margaritas.

—Quiero que sepas —me dijo mi mujer al acostarnos— que, aunque apoyo el Movimiento de Liberación de la Mujer, estoy dispuesta a cumplir con mis deberes de esposa.

—Todo eso está muy bien, pero no me interesa. Estoy agotado de tanto servicio.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc., Agencia Zardoya.)

envidiar a sus compañeras de colegio, a pesar de que no conservaba de ninguna un recuerdo preciso, sólo porque estaba convencida de que la suerte las habría tratado mucho mejor. «¿Qué harían ahora? En las ciudades, entre el ruido de las calles, el ajeteo de los teatros y la luz de los bailes, vivirían con el corazón dilatado y los sentidos en continua expansión. Pero su existencia, en cambio, era fría como una buhardilla con tragaluz al Norte, y el hastio, araña silenciosa, tejía su tela en la sombra, por todos los rincones de su corazón». Si de pronto un día, en medio de tales reflexiones, por uno de aquellos prodigios que siempre parecía estar esperando que acontecieran llovidos de las nubes, le hubiera sido concedido a Emma Bovary mirar por una bola de cristal y conocer a Marilyn Monroe, así, sin más ni más, destrozando las barreras de futuro alzadas para aislarla por siempre jamás de ella, topársela allí al fondo del vidrio en carne y hueso, tumbada sobre pieles de leopardo, reflejada en espejos de tres cuerpos, posando con su larga pipa de «vamp» para docenas de fotógrafos, llegando entre una multitud ávida de autógrafos a los estrenos de sus películas, tan llamativa y fastuosa; contestando a los periodistas; con aquel cinismo superado a fuerza de naturalidad («¿Qué se pone usted para dormir?»). «Chanel número cinco»), poco le habría importado a Emma Bovary, tan reacia a cualquier tipo de análisis, preguntarse por el precio que habría tenido que pagar Norma Jean Baker para llegar a ser aquella fascinante Marilyn que hacía carne de cañón de su propia carne; poco le habría importado averiguar si su madre, Gladys Baker, que la parió de soltera, había perdido o no la razón poco después; ni si a la niña Norma, malcreciendo en hogares de vecinas, un caballero de familia conocida (razón por la cual se echó tierra al asunto) la había violado o no a los nueve años. Emma Bovary, en fuga perpetua de su propia realidad y de cuanto pudiera darle noticias de ella, poco se iba a meter a hurgar en la de ese otro mundo hostil, planeando al acecho sobre aquella mujer cuyo descubrimiento la deslumbraba; solamente se le habría ocurrido dirigirse a ella como a una deidad, como al hada madrina de la varita mágica, e hincada de rodillas ante su aparición le habría preguntado con vehemencia: «Pero, ¿es posible?, ¿es cierto que se puede vivir así? ¿Y yo, dime, y yo? Dime en seguida lo que tengo que hacer para ser como tú, para comprarme esas ropas y esas pieles y esos espejos, para ver tanta luz

como ves tú, para andar con ese aire de desafío con que tú andas y conocer a tanta gente como tú conoces, para que me inviten a las mismas fiestas, para aprender a echarme en la cama y fumar y reírme y oler igual que tú, para despertar tanto deseo como tú despiertas; óyeme, por favor, te lo suplico; quiero ser como tú, vivir como tú vives». Y tal vez Marilyn, levantando la vista hacia aquella provinciana exasperada de la sombrilla, entornando los ojos para mejor mirarla desde lejos —desde el extremo de los ciento seis años que las separaban—, podría haber respondido a tan singular perorata con una boutade muy de las suyas: «Oye una cosa, encanto, ¿y morirte como yo también te gustaría?».

* * *

De dos vidas tan aparentemente opuestas podría, en efecto, sospecharse cualquier cosa menos que iban a tener idéntico final. Pero deteniendo la mirada un poco más profundamente en el asunto puede no parecer tan extraño lo que voy a añadir: que esa identidad entre los suicidios de madame Bovary y de Marilyn Monroe no es accidental, sino que alcanza a las enredadas causas que los motivaron y que los venían haciendo sospechables desde mucho tiempo atrás, no porque tales causas fueran argumentalmente las mismas, desde luego, sino porque los errores fundamentales arraigados con idéntica fatalidad en la trama de aquellas dos vidas eran muy similares. Creo, en definitiva, que el paralelo entre madame Bovary y Marilyn Monroe no sólo puede hacerse considerando sus muertes, sino también sus vidas, regidas por vaivenes exteriores muy diversos, obedientes a muy distintos modelos de comportamiento, referidas a cánones de triunfo y fracaso que, aun cuando no fueron los mismos, se parecían en lo esencial: en que les venían impuestos desde fuera y en que no los supieron esquivar ni cuando nadaban al paio de ellos ni cuando a contracorriente; vidas, en fin, que se les fueron de la mano porque ellas no las supieron aguantar ni dirigir, porque no fueron capaces de dar con sus riendas, vidas de rienda suelta, sin dueño, padecidas las dos, no habitada ninguna de las dos.

Releyendo, por ejemplo, el capítulo IX de la segunda parte de la biografía de madame Bovary, se da una cuenta perfectamente del mimetismo esencial del personaje. Es uno de los momentos cruciales del relato. Emma, cuya necesidad de concebirse como otra distinta de la que